ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL «CULTURAS GLOBALIZADAS: DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»

Lygia Rodrigues Vianna Peres y Liège Rinaldi de Assis Pacheco (eds.)

BIADIG | BIBLIOTECA ÁUREA DIGITAL DEL **GRISO** | 39

LYGIA RODRIGUES VIANNA PERES Y
LIÈGE RINALDI DE ASSIS PACHECO (EDS.)

ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL «CULTURAS GLOBALIZADAS: DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»

Pamplona
Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Navarra
2017

Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 39

PUBLICACIONES DIGITALES DEL GRISO

Lygia Rodrigues Vianna Peres y Liège Rinaldi de Assis Pacheco (eds.), *Actas del Congreso Internacional «Culturas globalizadas: del Siglo de Oro al siglo XXI»*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2017. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 39 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.

Esta colección se rige por una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 3.0 Unported.

ISBN: 978-84-8081-558-1

LYGIA RODRIGUES VIANNA PERES Y
LIÈGE RINALDI DE ASSIS PACHECO (EDS.)

ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL
«CULTURAS GLOBALIZADAS:
DEL SIGLO DE ORO AL SIGLO XXI»

DE FRANCISCO DE QUEVEDO A SANTIAGO GARCÍA: UNA APROXIMACIÓN A LA ESTRUCTURA PODER-SABER EN LA OBRA DRAMÁTICA *DIÁLOGO DEL REBUSQUE*

Elmer Jeffrey Hernández Espinosa
Universidad del Tolima[1]

En el párrafo final de *La vida del buscón* de don Francisco de Quevedo y Villegas[2], el pícaro don Pablos de Segovia decide abandonar España y embarcarse para las Indias, «a ver si, mudando mundo y tierra, mejoraría mi suerte. Y fueme peor, como v. m. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres».

Cabe preguntarse: ¿a qué vino el pícaro Pablos a las Indias? ¿qué trajo en sus faldriqueras el legendario buscón? ¿qué hubo de encomendarle para el Nuevo Mundo don Francisco de Quevedo? En cierta lectura del acontecer simbólico, puede afirmarse que un presente de Pablillus para las Indias fue una lengua castellana hablada a su manera; y algo más, trajo su vida, sus costumbres y su palabra. Quevedo lo cuenta con claridad. Pero no se trata de cualquier vida y costumbres y palabra; se trata de la vida, las costumbres y la palabra de la España popular de entonces.

Tierra nueva eran las Indias, otro mundo, orbe de humanos extraños, cuyas vidas, costumbres y palabras obedecían a formas distintas de relacio-

[1] Profesor de planta de la Universidad del Tolima (Colombia), Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás, Especialista en la Enseñanza de la Literatura de la Universidad del Quindío y Especialista en Docencia Universitaria de la Universidad de La Habana. Magister en Literatura del convenio Universidad Tecnológica de Pereira – Universidad del Tolima.

[2] Quevedo, *La vida del buscón*, p. 230.

narse con la vida, la naturaleza y el universo. Eran otras las lenguas, y otras las artes, y otros los modos de entenderse unos a otros, y otras las maneras de ser felices y desgraciados. En el océano de los sueños, eran otros los sueños de las Indias.Y eran otros sueños porque aún las Indias no sabían del Estado europeo y su implacable zarpa cerrada sobre la presa; el cinismo imperial y su expansionismo, proclive al poder absoluto sobre pueblos inermes, cuyo destino debía ser el sometimiento y la esclavitud; tampoco del Dios, macho terrible, que siembra su voluntad por los confines de la tierra conocida y desconocida, amigo de los Estados y los Imperios, protector del poder y de los poderosos, castigador de infieles y rebeldes, sordo a las súplicas de los miserables, ciego ante la barbarie provocada por la posesión del oro y mudo ante la rapacidad de la tierra y el sometimiento de pueblos a la voluntad de unos pocos hombres… «El que los indios mueran como moscas es prueba de que Dios está al lado de los que conquistan», dirá Tzvetan Todorov[3] en el libro *La conquista de América: el problema del otro*.

En ese mundo extraño irrumpe don Pablos, luego de padecer en su patria la suerte del excluido. Aunque las carabelas, cargadas de espíritu feudal, ambición y muerte, absolutismo y contrarreforma, rancio catolicismo, tenebrosa inquisición y una segregación materializada en el crimen, se le adelantan un siglo largo, don Pablos llega a las Indias y presencia boquiabierto una tierra donde todavía la sangre de los nativos, vaciada por los invasores, es bebida por el barro y el olvido; se percata que en esas comarcas, recién mancilladas por el tacón europeo, ya pululan iglesias, conventos y monasterios, al lado de prostíbulos, cárceles y mataderos; ve que las riquezas a flor de tierra son embarcadas, y las que no, se quedan en las manos de los mismos de siempre: el cura y el militar de rango; comprende don Pablos que el hambre y la miseria habitan las almas y los cuerpos de vastas masas de gentes. Quizá Pablillus se pregunte: ¡Vive Dios! ¿Por qué hideputas vine a parar aquí? Quevedo no escribió esa prometida segunda parte, pero es posible que en la obra dramática *Diálogo del rebusque*[4], de Santiago García[5], tal vez Pablillus al-

[3] Todorov, 1987, p. 146.

[4] Santiago García, dramaturgo colombiano, es fundador, director y actor del grupo de teatro La Candelaria, una de las agrupaciones teatrales más representativas del teatro latinoamericano. Ha escrito cerca de veinte obras de teatro, todas ellas llevadas a la escena, y ha dirigido alrededor de cuarenta y cinco obras, muchas de creación colectiva. Santiago García ha hecho un valioso aporte a la dramaturgia nacional.

[5] García, 1996, p. 72.

cance una respuesta. En un diálogo con el diablillo Cirilo, y luego de recibir una golpiza brutal, Pablillus dice:

> Mira… yo… Espera… bien… la primera vez que la viví… mi vida… que no era propiamente mía… ¿te das cuenta? Porque me la dio el señor Quevedo… todo en mí era una sorpresa. Era mi vida… y… ¿te das cuenta, Cirilo? No la entendía… No que ese fuera mi propósito… pero casi a pesar de mí… me preguntaba: ¿por qué? ¿por qué?..Y ahora al repetirla siento… que es más mía… y…

¿Y qué más trajo el suspicaz Pablillus, aparte de su rica experiencia de buscón? Nada más, sólo noticias de la España que lo parió, le forjó el carácter y lo echó a rodar por el mundo. Una España confundida, perdida en la maraña de fracasos económicos y políticos, aturdida por las ambiciones de gobernar el mundo y frustrada por sostener apenas un endeble poder. Una España con la conciencia de tenerlo todo (un nuevo mundo, por ejemplo) y no tener nada, dado que el oro de las Indias iba a parar en las manos de los acreedores. «Los españoles tenían la vaca, pero eran otros quienes bebían la leche», recordará Eduardo Galeano[6]. Una España empobrecida, de grandes masas humanas que fluctuaban entre la pobreza y la miseria, y otras, además, señaladas, acosadas, desplazadas por la justicia y, por ello, en búsqueda de sustento y seguridad. Un poder perseguidor de etnias, viejo cuento con sabor a fascismo que rotula a un determinado grupo humano como el causante de sus males; un poder temeroso de conspiraciones, vigilante, al modo de quien debe inventarse un enemigo que le garantice la permanencia y le justifique sus desafueros; y celoso de estirpes, aun convencido de que la alcurnia y el apellido debían ser alguna garantía en una Europa entrada ya en la chabacana modernidad; y una España distraída en la conservación de linajes, imposibles a esas alturas de su historia, generosa en mezclas étnicas por las guerras, y terca en no afrontar las formas productivas de las recientes dinámicas económicas, determinadas por el capital, dado el pomposo escrúpulo frente a los trabajos manuales y la industria. Ignacio Arellano[7], en *Prosa satírica – Francisco de Quevedo*, afirma:

> La mayoría de los estudiosos que intentan apuntar un rasgo característico para el siglo XVII español se inclinan por señalar el pesimismo, la sensación

[6] Galeano, 2004, p. 41.
[7] Arellano, 2003, p. 9.

> de crisis, que suele asociarse a la pérdida de la hegemonía española. Se agudiza la despoblación y la pobreza. Las riquezas que llegan de Indias no producen bienestar: las disfunciones en el sistema económico impulsan al aumento de la inflación, y no existen inversiones productivas, bloqueadas por barreras sociales e ideológicas que consideran infame el trabajo manual hasta el punto de que sólo los plebeyos pueden ejercerlo.

De aquella España viene a las Indias esa creación de don Francisco de Quevedo: Pablillus de Segovia. Y viene al mundo don Pablos en la eclosión de la literatura del Siglo de Oro, en una España que lucha entre las fuerzas de una Escolástica agónica, pero indomeñable, y los vientos de un Renacimiento que anuncia la irrupción de la modernidad. Implicadas están las tensiones económicas, políticas y sociales ya descritas, y en tal juego de fuerzas, germinan expresiones artísticas y literarias, algunas que, mediante la crítica descarnada (sátira, risa e ironía) toman posición ante los destinos que prefiguran el poder y el saber imperantes en ese momento.

A usanza de las sociedades divididas en clases, el saber se pone al servicio del poder, por las buenas, o busca el margen, que es igual a decir, convertirse en objeto de persecuciones y aniquilamientos, dado su carácter de contra-saber. En la España del Siglo de Oro se impone el saber de la contrarreforma, sostenido en los valores y las concepciones de una Edad Media que se muere, pero también aparece y se expande un saber burgués, destinado a afianzar el capitalismo que se abre paso. Y como no es posible hallar un poder sin un saber que lo sostenga, la monarquía entiende que requiere de cierto saber, a fin de mantener el poderío y el esplendor imperial sobre extensos territorios y contrarrestar su decadencia política y económica, manifiesta en la crisis.

Surge así la necesidad de la educación, pero no cualquiera sino aquella que deba obediencia al dios y al rey, según Felipe II. De este modo, se crean universidades y colegios mayores por doquier, y circulan los libros, aunque persevera el poder de la iglesia sobre el conocimiento, mediante la censura, el índice y la imposición del latín como lengua del saber, lo que instituye una educación de élite… Y en esas condiciones aparece un sector social extraño: *el letrado*.

Por lo general, su procedencia se sitúa en la nobleza o la burguesía y desempeña cargos en la administración del Imperio y la justicia; influye en la política, y aunque algunos letrados cuestionan la verdad absoluta y la ortodoxia de la iglesia católica, tiene privilegios y ocupa posiciones

cómodas en la escala social. Muchos letrados se trasladan a las Indias con la función de vigilar, registrar y controlar el nuevo mundo. Se introduce así, en España y las Indias, un curioso cambio: la nueva 'nobleza de las letras' fricciona contra los tradicionales de 'capa y espada'. Y a esa nobleza pertenece don Francisco de Quevedo y Villegas, padre de Pablillus.

Sin embargo, don Francisco de Quevedo no es cualquier letrado. Además de un saber fundamentado en los clásicos y el saber cosechado en su época, y, quizá por ello, siempre al filo de la censura, es un observador entusiasta de aquel contra-saber que, en plena crisis, emerge de la población marginada y pobre. Esto es, un saber que surge de las angustias del hambre, la miseria y la represión de las instituciones estatales y religiosas, y cuyo propósito esencial es la sobrevivencia. Es un saber que se precia antagónico del saber académico, para entonces representado en las matemáticas, la teología, la filosofía, la música y la medicina, en cuanto formas dirigidas a convalidar el poder de la monarquía, la iglesia, la nobleza y una burguesía en ciernes. En *La vida del buscón*, de don Francisco de Quevedo[8], cuenta don Pablos: «Decíame mi padre: —"Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica sino liberal"».

En su *Crítica de la razón cínica*, Peter Sloterdijk[9] afirma que todo saber que se pone al servicio del poder, deviene cínico, pues miente al decir la verdad o encubre el engaño tras un discurso en apariencia verdadero. Por su parte, el contra-saber deviene quínico, pues desenmascara al saber cínico hasta develar el engaño, o al menos presenta una cierta *resistencia* ante los factos del poder, talentes contestatarios que se expresan a través de la ironía, la risa, el chiste y la burla, o la sátira, si se quiere. *La vida del buscón* se constituye en una literatura de carácter quínico y su personaje, don Pablos, se ampara en ese contra-saber, lo vive y le rinde generosos aportes. En el texto *La cultura del barroco*, José Antonio Maravall[10] hace una apreciación decisiva:

> Es así como la economía en crisis, los trastornos monetarios, la inseguridad del crédito, las guerras económicas y, junto a esto, la vigorización de la propiedad agraria señorial y el creciente empobrecimiento de las masas, crean un sentimiento de amenaza e inestabilidad en la vida social y personal, dominado por fuerzas de imposición represiva que están en la base de

[8] Quevedo, *La vida del buscón*, p. 52.
[9] Sloterdijk, 2011.
[10] Maravall, 2012, p. 25.

la gesticulación dramática del hombre barroco y que nos permiten llamar a éste con tal nombre.

Este hombre barroco, en su carácter de pícaro, usa su inteligencia y sus conocimientos para sobrevivir y resistir. Marginado, excluido, perseguido y acallado, cultiva un saber que controvierte al saber oficial. Buen conocedor, usa el engaño, la trampa, la apariencia y la mentira ante un poder que, en esencia, usa las mismas estrategias, pero a otro nivel. En relación con el cinismo de saber, el Estado y los pícaros tienen sus propias universidades, sus colegios y sus pedagogías; el buscón se burla del sabio y se apropia de su apariencia y su jerga para refinar sus ardides de pícaro. Y no hay una marcada diferencia entre el pícaro y el estudiante, pues el saber oficial en nada resuelve el problema del hambre y la miseria de quien se dedica a los estudios, no así el saber del pícaro, quien lo usa para sobreaguar una existencia en riesgo constante. Ello, por supuesto, degrada las profesiones, mientras se enaltecen los saberes marginales, como ciertas expresiones del arte dramático y la poesía. El pícaro ríe del saber de la locura y de la locura del saber. Sobre el saber quínico del pícaro, se lee en *La vida del buscón*[11]:

> Trujo un alguacil, y agarráronme la vieja, que se llamaba la madre Labruscas. Confesó luego todo el caso, y dijo cómo vivíamos todos, y que éramos caballeros de rapiña. Dejóla el alguacil en la cárcel, y vino a casa, y halló en ella a todos mis compañeros, y a mí con ellos. Traía media docena de corches —verdugos de a pie—, y dio con todo el colegio buscón en la cárcel, en donde se vio en gran peligro la caballería.

En ese sentido, y en consideración de las categorías en que se expresan las acciones cínicas del poder, señaladas por Peter Sloterdijk en el texto ya referenciado, Pablillus vive una existencia en confrontación permanente con los cinismos de Estado, de saber, militar, religioso, sexual y de salud. Sus burlas y artimañas de pícaro son una respuesta quínica y de resistencia a los cinismos del poder. Sobre el cinismo de Estado, se nivelan el ladrón vulgar y el funcionario corrupto. El Estado y los pícaros adoptan estructuras administrativas en sus asuntos, mientras la justicia, que prescribe y ejerce el castigo, la pena de muerte, el destierro y la cárcel, se reduce a objeto de burlas y sobornos. Alonso Ramplón se

[11] Quevedo, *La vida del buscón*, p. 172.

erige en símbolo de esa justicia, y en referencia a él, Pablillus[12] ironiza en los siguientes términos:

> En ese tiempo, vino a don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tío mío llamado Alonso Ramplón, hombre allegado a toda virtud y muy conocido en Segovia por lo que era allegado a la justicia, pues cuantas allí se habían hecho, de cuarenta años a esta parte, han pasado por sus manos. Verdugo era, si va a decir la verdad, pero una águila en el oficio; vérsele hacer daba gana a uno de dejarse ahorcar.

Sobre el cinismo militar, la crítica quínica cae, entre otros, sobre el corregidor, el alcaide y el alguacil, dado el uso de la fuerza armada para someter al marginado y al pobre; mediante la ironía, Quevedo muestra el deprecio por la guerra y sus tácticas y estrategias, mientras desenmascara la farsa y la miseria del soldado raso. Sobre el cinismo religioso, señala la doble moral católica: curas miserables, hambrientos y embaucadores; el vicio se encubre bajo la honra y conviven la brujería y la religión oficial; la iglesia, que discrimina a los judíos, es espacio de rebusque y no de recogimiento; y es mordaz la burla a símbolos como el rosario, el santiguarse y las oraciones del mendigo. Muchos son los pasajes donde es posible hallar referencias del cinismo del poder en sus diferentes manifestaciones. He aquí la relación de complicidad entre el cínico militar y el cínico religioso[13]:

> En esto, entró por la puerta, con una ropa hasta los pies, morada, uno de los que piden para las ánimas, y haciendo son con la cajita, dijo: —«Tanto me han valido a mí las ánimas hoy, como a ti los azotados: encaja». Hiciéronse la mamona el uno al otro.

Sobre el cinismo sexual, manifiesto en el control que sobre la sexualidad ejerce el poder de la Iglesia y el Estado de la época, también Quevedo enseña su quínica mordacidad. La concepción de la sexualidad y su ejercicio son definidos y reglamentados al detalle por este par de instituciones: la sexualidad debe permanecer en los límites de lo sagrado, lo platónico y lo puro, virtuosismo que Pablillus degrada hasta la simpleza en su carácter natural; esto es, el sexo al desnudo, ejercicio que

[12] Quevedo, *La vida del buscón*, p. 96.
[13] Quevedo, *La vida del buscón*, p. 131.

no requiere de saber ni de inteligencia, pero sí practicarse de espaldas a Dios y a sus representantes. Cuenta Pabllillus[14]:

> Fuimos a los estanques, vímoslo todo y, en el discurso, conocí que la mía desposada corría peligro en tiempos de Herodes, por inocente. No sabía; pero como yo no quiero las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas es lo mismo que acostarse con Aristóteles o Séneca o con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas; que, cuando sea boba, harto sabe si me sabe bien.

Y quizá Pablillus, ese quínico pertinaz, no lo sepa tan a ciencia cierta, pero a través de España, Europa ha invadido gran parte del continente nominado con el Nuevo Mundo, y, a partir de allí, se ha configurado lo que se ha dado en llamar América Latina, transfiguración solo posible por la imposición de la estructura poder-saber que el invasor trae consigo, estructura que sufre cambios apenas formales por las fricciones producidas entre las condiciones particulares de las culturas invadidas y las condiciones de los propios invasores en tierras extrañas, pero que, en esencia, guarda su sentido y su condición de coloniaje y opresión al modo europeo y español.

Ahora bien, debe recordarse que la literatura es una creación que surge de las dinámicas de los pueblos y las tensiones vitales de las culturas en sus formas de asumir la existencia, donde intervienen la economía, las relaciones sociales y los mecanismos de dominación, a fin de adoptar ciertas maneras de vivir. Tales tensiones responden a formas específicas de poder y saber y en ellas deviene el poeta y el artista. Por ello, en mitad de tales tensiones particulares de la España del Siglo de Oro, surge *La vida del buscón*.

En tales circunstancias, facilitado por el idioma y las relaciones económicas y políticas entre España y América Latina, se establece un diálogo entre la literatura del Siglo de Oro y la literatura latinoamericana. Los clásicos españoles son inspiración para los escritores que viven las tensiones de la Colonia, la Independencia y los tiempos actuales del continente latinoamericano. Pero al decir 'diálogo', se da por sentado que las creaciones literarias latinoamericanas son distintas a las españolas, sobre todo por su forma de plantarse frente a unas estructuras poder-saber que, si bien fueron heredadas de Europa y España, muestran sus

[14] Quevedo, *La vida del buscón*, p. 195.

propias especificidades, y ello es evidente en la obra dramática del colombiano Santiago García.

En la obra dramática *Diálogo del rebusque*, Santiago García[15] entabla una franca conversación con Francisco de Quevedo, mediante la re-escritura y la re-creación de diversas obras del poeta español, como *La vida del buscón llamado don Pablos o el gran tacaño* y fragmentos de los *Sueños*, *El infierno enmendado, las Premáticas* y varios sonetos, letrillas y romances.

Y en la dinámica de esa conversación irrumpe una crítica a la estructura poder-saber, gracias al planteamiento de un contra-saber, pero esta vez desde las circunstancias históricas, económicas, políticas, sociales y culturales de la Colombia actual. De ese modo, es posible afirmar que la obra dramática *Diálogo del rebusque* se fragua en los juegos del saber y el poder de este país latinoamericano. Asimismo, en su tensión dramática se destaca una actitud quínica, insolente, por cuanto se dirige a desenmascarar los cinismos propios del poder, reinante hoy, mediante la risa, la burla y la ironía, recursos también cultivados por Quevedo en los tiempos del Siglo de Oro español y sus propias dinámicas poder-saber, y que en el *Diálogo del rebusque*, en cuanto dramaturgia y puesta en escena, permanecen intactos.

Graciela Balestrino[16], en el texto «"Diálogo del rebusque": una mirada circunfleja de Latinoamérica», afirma:

> DR es una adaptación proléptica (Genette, 1989, 470) porque Pablos reaparece en el infierno 400 años después de la escritura de *El Buscón*. Este dato inequívocamente sitúa la acción en el presente; además el texto está sembrado de referencias a la realidad social latinoamericana, de un pasado próximo y también de actualidad, al momento de escritura de DR. Los ejemplos abundan, pero basta citar la mención que hace Cirilo de los demonios subterráneos que, como los alguaciles, «son los escudriñadores de vidas y fiscales de hombres, que debajo de tierra destruyen la honra y andan siempre desenterrando los muertos y enterrando los vivos» (102). O también lo que dice Pablos, cuando afirma no desconocer las calamidades que azotan al imperio español: «Bueno, sabemos todos de las guerras y lo del hambre y lo de los muchos muertos y lo de los desterrados, encarcelados y desaparecidos…».

[15] García, 1996.
[16] Balestrino, 1989.

Pero en *Diálogo del rebusque*, en cuanto reescritura, se presentan diversas transformaciones del texto de Quevedo, sin que por ello se traicione la esencia del original, y, en cambio, se afianza la estrategia de diálogo. Se destacan tres transformaciones. La primera se refiere a la actualización en la puesta en escena de un texto literario, no dramático, escrito varios siglos atrás, lo que obliga a poner en diálogo condiciones históricas, lenguajes y expresiones culturales distintas, dos formas de concebir el mundo, la vida y el hombre; diálogo que, no obstante, encuentran un punto de convergencia en el Siglo de Oro español. En *Diálogo del rebusque*, el personaje de Quevedo, confinado en el infierno y terco en que Pablillus de Segovia le hable de su vida al público de hoy, discute con el Diablo Mayor, también personaje:

> Pero no tiene derecho de venir aquí con el propósito de contar una historia de la cual yo me he arrepentido, no ahora sino desde hace 400 años. Desde que estoy bajo vuestros apreciables cuidados[17].

La segunda transformación se hace evidente en la crítica que García le hace al propio Quevedo por las retractaciones sobre algunos de sus escritos, uno de los cuales es la obra *La vida del buscón*; este elemento crítico se constituye en un singular diálogo entre dos quínicos eminentes: el español Francisco de Quevedo y el colombiano Santiago García. En su expresión creativa, en el texto dramático de García, Pablillus es quínico de su propio creador, don Francisco de Quevedo y Villegas. Pero también lo son otros personajes. Al ser sentenciado de nuevo en el infierno, el diablo Tuerto condena al infierno a Francisco de Quevedo en los siguientes términos[18]:

> Hermano Quevedo; y te llamo así no por lo del alma sino por lo del ojo; diríase que no mereces castigo como el que sufres por las obras pícaras, zazocitas y desvergonzadas que escribiste, porque tu pecado no está en las diabluras que hiciste, sino en el haberte arrepentido de haberlas hecho.

Y la tercera transformación se hace visible en un diálogo de épocas, materializado en un guiño cómplice entre actores y espectadores: quién se asoma a la obra dramática sabe desde un principio que no se trata de un escenario donde se narran las circunstancias del siglo XVII español,

[17] García, 1996, p. 114.
[18] García, 1996, p. 182.

sino que, a partir de allí, se muestra la cotidianidad de los colombianos. Para ello, Santiago García usa el recurso de hacer que el público se involucre en el espectáculo teatral, lo que consigue en la escritura dramática y en su puesta en escena. En la estructura de los diálogos, los personajes hacen referencias directas y constantes a los espectadores, a fin de involucrarlos en la trama. Un ejemplo:

> QUEVEDO: ¡Ah Malvado! ¡Pesiatal! ¿Cómo te atreves desalmado? (*Levanta su bastón para castigarlo.*)
>
> PABLOS: (*Se arrodilla.*) ¡Piedad señor! Por caridad ¡Conteneos! ¡Mirad! (*Señala al público.*) Ya llegué.
>
> QUEVEDO: (*Con el bastón en alto. Como paralizado.*) ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué es este nuevo y oscuro rincón del infierno?
>
> PABLOS: Este es un teatro con público y (*Señala a Quevedo.*) este es Don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas. Como quien dice, mi amo.
>
> QUEVEDO: ¡De dónde amo de quien no existe! Tú eres una invención. Un fantasma de pergamino. Un concepto de mi desventurada imaginación.
>
> PABLOS: Pero ese concepto, Señor, está aquí delante de vos, aunque poco veáis… (*Quevedo levanta el bastón.*) y de toda esa gente.
>
> QUEVEDO: (*Mira atentamente al público y de pronto estalla.*) ¡Inventada también! Invento, del invento, del invento.
>
> PABLOS: Pero está ahí (*Gran estrépito como de jauría de perros. Aparece un tropel de diablos perseguidos por el mayor.*)[19].

Actores y espectadores saben que, además de tratarse del juego del teatro, aquel Pablillus que llegó de España siglos atrás, sigue en las calles de las ciudades y los pueblos de Colombia, y que es tan pícaro como entonces, y con seguridad, más pícaro, pues tiene un saber renovado por las nuevas condiciones de miseria, y una inteligencia aguzada al límite, a fin de confrontar y resistir el saber del poder de este país latinoamericano.

En *Diálogo del rebusque*, don Pablos vuelve a enfrentar, desde su quinismo testarudo y burlón, el cinismo de aquel poder que quiere someterlo, como a los demás sujetos: se modernizan sus artimañas, sus ironías y sus sarcasmos contra un Estado que se precia de encarnar los más altos valores, pero que se sostiene en falacias y mentiras, cuya institución de

[19] García, 1996, p. 111.

justicia es tan corrupta como inoperante, propicia para la convivencia del funcionario y el delincuente, aliados en la ruta de un país que se dirige al abismo; cuya institución militar, presta a ejercer la fuerza armada sobre los civiles inermes, acostumbrada a optar por el crimen y por siglos involucrada en un conflicto armado sin término, constituido en un negocio de las élites y en un mecanismo eficaz para el sometimiento y el desplazamiento de poblaciones enteras, a fin de arrebatarles la tierra; y cuya institución religiosa tradicional se destaca por la doble moral en la economía, la política y la sexualidad, garante de la corrupción y la injusticia, proclive a las componendas con las clases adineradas, la represión de los sujetos, el control sobre las familias, la legislación sobre el sexo y la reproducción y, sobre todo, el olvido de aquel cristianismo primitivo que preconizaba la solidaridad con los sectores vulnerables y desprotegidos de los pueblos.

Finalmente, En *Diálogo del rebusque*, Pablillus de Segovia interpreta las circunstancias de los latinoamericanos como alguna vez, y quizá todavía, se vieron interpretados europeos y españoles en *La vida del buscón* de don Francisco de Quevedo, cuya obra toda sigue siendo inspiración para el mundo atropellado por el poder y sus cinismos, y que en *Diálogo del rebusque*[20], se reconoce y se valora en los términos siguientes:

> Tuerto: Bien. Que sus obras, panfletos, premáticas, sátiras, cantos, entremeses, etc., se editen en ediciones baratas, ojalá en esas que pululan ahora que llaman descuadernadas, para que todo el vulgo las lea y las goce y él por el contrario las sufra.
>
> Quevedo: ¡Maldito sea y sobre todo maldito!
>
> Tuerto: Y que siga aquí con nosotros hasta que regresemos al teatro, que por ese tiempo espero que se haya arrepentido de su arrepentimiento.

Bibliografía

Arellano, Ignacio, *Francisco de Quevedo. Prosa satírica,* Barcelona, Debolsillo, 2003.

Balestrino, Graciela, «"Diálogo del rebusque": una mirada circunfleja de Latinoamérica», *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, 16, 2001, pp. 17-25.

Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

[20] García, 1996, p. 182.

García, Santiago, «Diálogo del rebusque», en *Tres dramaturgos colombianos*, Santafé de Bogotá, Colcultura, 1998, pp. 109-183.

Maravall, José Antonio, *La cultura del barroco*, Barcelona, Ariel, 2012.

Quevedo, Francisco de, *La vida del buscón*, ed. Juan Cerezo, Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1998.

Sloterdijk, Peter, *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Taurus, 1989.

Todorov, Tzvetan, *La conquista de Amércia: el problema del otro*, Madrid, Siglo XXI, 1987.